

LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS



Colección “Raíces de la fe”

BÁSICA

LEANDRO FANLO, cmf

LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

Sacramento de salud



Ciudad Nueva

Maquetación y diseño de cubierta: *Antonio Santos*

© 2013, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-288-4
Depósito legal: M-30.222-2013

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

El don eterno de la vida

Este librito está especialmente dedicado a los enfermos y a quienes los cuidan; pero más en general está indicado también para todos aquellos que tratan de ver su existencia o lo que queda de ella con los ojos con los que Jesús vio nuestra humanidad...

La vida es el tesoro máspreciado de su experiencia de Hijo del hombre, como le gustaba llamarse. Él quería ser uno más entre nosotros. Amaba la vida y nos enseñó a nosotros a amarla. Había venido para esto; quiso hacerse hombre para enseñarnos a vivir: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante» (Jn 10, 10).

Se trata, por lo tanto, de la salud, de una nueva visión de la vida, más completa, más real de como nunca podíamos habernos imaginado.

Es un gran consuelo considerar que la enfermedad y la muerte, que parecen contrarios a la vida, Jesús supo interpretarlas y darles solución cuando nos aseguró que lo nuestro no termina

con la muerte... Él vino para introducirnos en la eternidad. Así nos ve Él y así quiere que lo veamos a Él. No le gusta que pensemos que con la muerte termina todo, porque no es verdad.

Por lo tanto, Jesús quiere vernos siempre vivos, con Él, y también resucitados. Cuando hayan terminado nuestros días, estaremos empezando una eternidad que nos hará recordar como si fuera un sueño la vida que ahora tenemos.

¿Cual es la realidad? ¿Estamos despiertos o dormidos? Quizá por eso san Pablo decía a sus cristianos: «Ya es hora de despertaros del sueño» (*Rm* 13, 11).

Así sucedió en el caso de Lázaro, que era amigo de Jesús junto con sus hermanas, Marta y María. El Maestro iba a su casa con cierta frecuencia a descansar, pues los unía un gran afecto.

Cuando le anunciaron que Lázaro estaba grave, no quiso darle gran importancia; incluso se limitó a comentar: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella» (*Jn* 11, 4). Sin embargo, Lázaro murió a los pocos días. Cuando habían pasado ya tres, se presentó para resucitarlo.

Y Dios quedó glorificado. Jesús demostró que su Padre, que siempre lo escuchaba, era el Señor de la vida, y que incluso podía regatear a la muerte. Aquel milagro le dio tanta fama a Jesús, que sus enemigos, que ya habían decidido eliminarlo, querían liquidar también a Lázaro, porque era demasiado evidente el poder de Dios que actúa a través de Jesús. La resurrección de Lázaro fue un ensayo general de la resurrección de Jesús, donde podemos ver incluida también la nuestra. Ese es nuestro destino.

Para que los inunde mi alegría

Para el creyente, la enfermedad –o todo lo que nos va limitando– tiene que ver con la salvación, que es más que la sanación. Efectivamente, la fe nos hace ver algo tan humano como la enfermedad y la misma muerte con ojos nuevos. Por ahí pasa Dios, y hace sagrados los días que nos quedan, que terminamos poniendo en sus manos, como Él mismo hizo al término de su vida cuando dijo: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (*Lc 23, 46*).

Jesús quiso asociar a los apóstoles su mismo ministerio de compasión y de salud. Ya antes de su muerte y resurrección, los discípulos habían experimentado y ensayado el poder de Jesús de curar cuando predicaban a las gentes la conversión según su deseo. «En mi nombre... impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos» (*Mc 16, 17-18*).

Vistas así las cosas, nuestras limitaciones y, en general, el deterioro de nuestra existencia que-

dan asumidas, a través de la fe, por la persona de Jesús, que sana y se hace presente en un sacramento, el de la unción de los enfermos, para que lo toquemos y que Él nos toque, como solía hacer cuando curaba. Se pone a nuestro lado como un amigo para decirnos: «No te preocupes; yo estoy contigo, entiendo lo que te pasa, déjame hacer; todo será para gloria de Dios, como hice con Lázaro».

Esto quiere decir que nuestra etapa final se puede y se debe ver positivamente. Puede incluso reportar más frutos y beneficios que nuestra vida anterior. Podemos llegar a nuestro punto final con nuestra humanidad realizada y gozosa, como el mismo Jesús quería que sucediera cuando se despedía de los suyos. Así se lo pidió al Padre en la última cena, diciendo: «Ahora voy a ti, y digo esto en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría cumplida» (*Jn* 17, 13). ¿Cómo es posible que Jesús hable de alegría cumplida en los entornos de la muerte?

Las curaciones de Jesús, sus numerosos milagros son, por lo tanto, un canto a la vida, a su vida, que ya es la nuestra y que nos ha conquistado; son materia de sacramento.

Cuando Él está con nosotros, la vida no puede terminar

A veces he pensado cuál habrá tenido que ser el final de quienes tuvieron la enorme suerte de haber sido objeto de los milagros de Jesús. Entre estos hubo quienes fueron arrancados a la muerte y resucitaron, como por ejemplo Lázaro. Sin duda, después de unos años de volver a la vida, es decir, a la felicidad que conocía y que deseaba tener, tuvo que pasar otra vez por la muerte, de la que nadie se escapa.

Vistos así, los milagros de Jesús pueden parecer una solución clamorosa aunque parcial. Pero hay que afirmar inmediatamente que todos los milagros hacen referencia a la nueva concepción del hombre que Cristo tenía. Él nos ha convencido de que nosotros no terminamos muriendo, sino que nos ve en una vida que no se acaba; los milagros son un ensayo de un remedio definitivo cuya realidad estable pasa por su muerte y resurrección.